

VICEPOSTULACION DEL OPUS DEI EN COLOMBIA

Carrera 7a. No. 34-90

Apartado Aéreo 51231, Bogotá, D. E.

Bogotá Tel.: 2327809 – Medellín Tel.: 2542218 – Manizales Tel.: 53617

Barranquilla Tel.: 418387 – Cali Tel.: 501291

Esta HOJA INFORMATIVA se publica con censura eclesiástica de la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos. Ministerio de Gobierno, Resolución No. 854 de 1.977.
AVISE CUALQUIER CAMBIO DE DIRECCION O DESTINATARIO.

Impreso por Susaeta Ediciones & Cía. Ltda.



El Siervo de Dios **JOSEMARÍA**
ESCRIVÁ DE BALAGUER
Fundador del Opus Dei

Tarifa para libros y revistas No. 282 de la Administración
Postal Nacional, Resolución No. 1307 del 12 de junio de 1986.

HOJA INFORMATIVA No. 5. BOGOTA.

El sacramento del perdón

Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás nació en Barbastro (España), el 9 de enero de 1902. Cursó el bachillerato en Barbastro y Logroño, y los estudios eclesiásticos en la Universidad Pontificia de Zaragoza, donde consiguió la licenciatura en Sagrada Teología. Más tarde, en Roma, obtendría el grado de Doctor.

Cursó la carrera de Derecho civil en la Universidad de Zaragoza, y se doctoró luego en la Universidad de Madrid. En 1960 recibió el grado de Doctor *honoris causa* en Filosofía y Letras, por la Universidad de Zaragoza. Fue el primer Gran Canciller de las Universidades de Navarra, en España, y de Piura, en Perú.

Ordenado sacerdote el 28 de marzo de 1925, inició su labor pastoral en parroquias rurales y, desde 1927, entre los pobres y enfermos de las barriadas extremas y de los hospitales de Madrid. Algunos años más tarde fue nombrado Rector del Real Patronato de Santa Isabel, también en Madrid, cargo que desempeñó hasta 1946, cuando trasladó su residencia a Roma.

Fue Consultor de diversas Comisiones Pontificias y Congregaciones de la Santa Sede, Prelado Doméstico de Su Santidad y Miembro de la Pontificia Academia Romana de Teología.

El 2 de octubre de 1928, en Madrid, había fundado el Opus Dei, camino de santificación en medio del mundo y fermento de intensa vida cristiana en todos los ambientes. El 14 de febrero de 1930, Monseñor Escrivá de Balaguer fundaba la Sección de mujeres del Opus Dei; y el 14 de febrero de 1943, dentro del Opus Dei, la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. El Opus Dei recibió la aprobación definitiva de la Santa Sede el 16 de junio de 1950; y el 28 de noviembre de 1982 fue erigido como Prelatura personal, forma jurídica introducida en el Derecho de la Iglesia por el Concilio Vaticano II, que era la deseada y prevista por Monseñor Escrivá de Balaguer.

Con oración y penitencia constantes, y con una continua e incondicionada entrega a la Voluntad de Dios, el Padre —como le llamamos sus hijas y sus hijos, y otros muchos miles de personas de toda condición— ha impulsado y guiado la expansión del Opus Dei por todo el mundo, a lo largo de 47 años. Cuando su Fundador rindió su alma a Dios, el Opus Dei estaba ya extendido en los cinco Continentes, y contaba con más de 60.000 miembros de 80 nacionalidades, al servicio de la Iglesia con el mismo espíritu de plena unión y veneración al Papa y a los Obispos, que vivió siempre Monseñor Escrivá de Balaguer e inculcó a sus hijos.

La Santa Misa era la raíz y el centro de la vida interior del Fundador del Opus Dei. El hondo sentido de su filiación divina le movía a buscar en todo la más completa identificación con Jesucristo, a tener una tierna y fuerte devoción a la Virgen Santísima y a San José, a un trato habitual y confiado con los Santos Ángeles Custodios, y a ser sembrador de paz y de alegría por todos los caminos de la tierra.

Monseñor Escrivá de Balaguer había ofrecido su vida, repetidas veces, por la Iglesia y por el Romano Pontífice. El Señor acogió ese ofrecimiento, y el Padre entregó santamente su alma a Dios, en Roma, el 26 de junio de 1975, en su habitación de trabajo, con la misma sencillez que caracterizó toda su existencia.

Su cuerpo reposa en la Cripta de la iglesia prelaticia de Santa María de la Paz —viale Bruno Buozzi 75, Roma—, continuamente acompañado por la oración y el agradecimiento de sus hijas e hijos, y de incontables personas que se han acercado a Dios, atraídas por el ejemplo y las enseñanzas del Fundador del Opus Dei. El proceso de beatificación y canonización de Monseñor Escrivá comenzó en Roma el 12 de mayo de 1981.

Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer recibió de Dios la misión de fundar el Opus Dei, que ha venido a recordar la llamada universal a la santidad. El Fundador del Opus Dei enseñó que el camino de la santidad consiste precisamente en la pelea diaria que cada uno debe sostener consigo mismo, **contra todo lo que, en su vida, no es de Dios (1)**, para llenarse de la caridad de Cristo. **Nunca me han gustado esas biografías de santos en las que, con ingenuidad, pero también con falta de doctrina, nos presentan las hazañas de esos hombres como si estuviesen confirmados en gracia desde el seno materno. No. Las verdaderas biografías de los héroes cristianos son como nuestras vidas: luchaban y ganaban, luchaban y perdían. Y entonces, contritos, volvían a la lucha (2)**. Dios nos quiere santos, pero conoce nuestra flaqueza y nos ofrece los medios para vencerla: **comprende Jesús nuestra debilidad y nos atrae hacia sí, como a través de un plano inclinado, deseando que sepamos insistir en el esfuerzo de subir un poco, día a día (3)**.

Ese esfuerzo del cristiano exige humildad: el conocimiento de la propia insuficiencia, unido a una profunda confianza en la gracia de Dios. El Fundador del Opus Dei insistió incansablemente, en su predicación, sobre la importancia y la necesidad del sacramento de la Penitencia en la tarea de la santificación. Con su ejemplo y su palabra, contribuyó eficazísimamente a que este sacramento, verdadero tesoro de la misericordia divina confiado a la Iglesia, fuera objeto de fe viva y de amor en muchos miles de personas esparcidas por todo el mundo.

Es inevitable que, caminando, levantemos polvo. Somos criaturas y estamos llenos de defectos. Yo diría que tiene que haberlos siempre: son la sombra que, en nuestra alma, logra que destaquen más, por contraste, la gracia de Dios y nuestro intento por corresponder al favor divino. Y ese claroscuro nos hará más humanos, humildes, comprensivos, generosos (4). La experiencia de tantas flaquezas personales no nos tiene que llevar al pesimismo, sino a confiar más en la misericordia de Dios Padre: **Dios no se cansa de nuestras infidelidades. Nuestro Padre del Cielo perdona cualquier ofensa, cuando el hijo vuelve de nuevo a El, cuando se arrepiente y pide perdón. Nuestro Señor es tan Padre, que previene nuestros deseos de ser perdonados y se adelanta, abriéndonos los brazos con su gracia (...)**.

La vida humana es, en cierto modo, un constante volver hacia la casa de nuestro Padre. Volver mediante la contrición, esa conversión del corazón que supone el deseo de cambiar, la decisión firme de mejorar nuestra vida, y que —por tanto— se manifiesta en obras de sacrificio y de

Portada:

Mons Escrivá de Balaguer saluda a un enfermo en Islabe, cerca de Bilbao (España), el 12 de octubre de 1972.

entrega. Volver hacia la casa del Padre, por medio de ese sacramento del perdón en el que, al confesar nuestros pecados, nos revestimos de Cristo y nos hacemos así hermanos suyos, miembros de la familia de Dios (5).

No puede haber lugar para el desánimo en quien se sabe hijo de Dios: ¡Adelante, pase lo que pase! Bien cogido del brazo del Señor, considera que Dios no pierde batallas. Si te alejas de El por cualquier motivo, reacciona con la humildad de comenzar y recomenzar; de hacer de hijo pródigo todas las jornadas, incluso repetidamente en las veinticuatro horas del día; de ajustar tu corazón contrito en la Confesión, verdadero milagro del Amor de Dios. En este Sacramento maravilloso, el Señor limpia tu alma y te inunda de alegría y de fuerza para no desmayar en tu pelea, y para retornar sin cansancio a Dios, aun cuando todo te parezca oscuro (6).

El Siervo de Dios animaba a todos a acercarse a la Confesión con fe actual, sabiendo que, en cuanto Sacramento, no es un simple recurso humano, un desahogo a nuestros problemas psicológicos, sino una realidad divina, una confianza filial con Dios Nuestro Señor: La Confesión sacramental no es un diálogo humano, sino un coloquio divino; es un tribunal, de segura y divina justicia, y, sobre todo, de misericordia (7). Es una manifestación delicadísima de la bondad divina, de la misericordia de Jesucristo, que es padre y hermano, y sabe disculpar, sabe perdonar. Es maravilloso ponerse de rodillas, y escuchar al Señor —porque el sacerdote es el mismo Cristo—: yo te absuelvo de tus pecados, yo te perdono (8).

Recordaba el Siervo de Dios que es personal la santidad, y es personal el pecado: luego la medicina ha de aplicarse personalmente (9), en ese encuentro de tú a tú con el Señor, que hay que preparar diligentemente. Mons. Escrivá no dejaba de ilustrar cada uno de los actos que constituyen el sacramento de la Penitencia: examen de conciencia, dolor por nuestros pecados, propósito de enmienda y de evitar las ocasiones, confesión auricular personal, penitencia sacramental. Y aseguraba que quien procura acercarse con las debidas disposiciones a la Confesión, llega a un conocimiento cada vez más hondo e íntimo de la ternura con la que Dios sigue sus pasos en la tierra: ¡Cuántas gracias tenemos que dar a Dios Nuestro Señor, por este Sacramento de su misericordia! Yo me pasmo; me conmuevo. Un Dios que perdona me parece tan padre y tan madre a la vez, que me echaría a llorar de agradecimiento y de alegría. ¿Qué haríamos sin su perdón? (10).

Era constante en sus labios la invitación a acudir con frecuencia a la Confesión, que el Siervo de Dios practicaba semanalmente y, en ocasiones, más de una vez por semana, no por escrúpulos, sino por finura de amor: Dios que nos purifica, que nos limpia, que nos levanta... ¿no os enternece? Acudid a la Confesión, porque no es sólo para perdonar los pecados graves, o los leves, o las faltas: es también para fortalecernos, para llenar el alma de gracia, y darnos impulso, de modo que recorramos más deprisa el camino; para que tengamos también más habilidad para combatir y vencer; para que nos comportemos de tal manera que sepamos vivir con virtud y aborrecer el pecado (11). Por el contrario, si se abandona la Confesión, el alma se embota, la conciencia se oscurece hasta no distinguir el bien del mal. Se debilitan la fe y el amor, y la criatura queda inerme ante los asaltos de las pasiones.

Hacia especial hincapié en la sinceridad: A la hora de ir a confesar, id al grano desde el primer momento. Preparad las confesiones para que sean concisas, concretas, claras y completas (12). En cuanto se abre el corazón y se hace una limpieza buena, diciendo lo que estorba, lo que no queríamos que se supiera, contritos y con un buen propósito, ¡qué paz y qué alegría! (13).

Invitaba a no olvidar la estrecha relación que hay entre el sacramento de la Penitencia y ese divino alimento del alma que es la Eucaristía: No dejéis de comulgar con frecuencia; pero, si algo os mortifica en el alma, primero confesaos. Sin claridad de ideas, sin la conciencia limpia, no vayáis a comulgar nunca; sería horrible (14).

Muchos recuerdan las consideraciones del Siervo de Dios sobre los frutos de paz y de optimismo con que Dios premia al que busca su perdón sacramental. Desaparece toda sombra y el alma se inunda de serenidad: Después hay que olvidar, porque Dios Nuestro Señor también se olvida (15); Dios triunfa en esta pobre carne mía, en esta pobre alma mía, en este pobre corazón mío (16). Los que hace tiempo que no pasan por el confesonario, se verán felices cuando estén limpios; comprenderán que la vida tiene otro sentido, que están en la tierra para algo más grande (17).

Con la gracia de Dios en su alma, los cristianos pueden convertirse en sembradores de paz y de alegría (18) entre los hombres. El apostolado, ese deber que todos tenemos de llevar a otros al encuentro con Cristo, tiene así en el sacramento de la Penitencia la garantía segura de eficacia y un objetivo bien preciso. En efecto, una de las grandes obras que el cristiano puede hacer en favor de un amigo es ayudarlo a acercarse a la Confesión sacramental, donde experimentamos la alegría de ser perdonados por Dios.



El Siervo de Dios, a los quince años.

(1) *Es Cristo que pasa*, n. 73.

(2) *Ibid.*, n. 76.

(3) *Ibid.*, n. 75.

(4) *Ibid.*, n. 76.

(5) *Ibid.*, n. 64.

(6) *Amigos de Dios*, n. 214.

(7) *Es Cristo que pasa*, n. 78.

(8) RHF 20760, pág. 672.

(9) *Ibid.*, pág. 674.

(10) *Ibid.*, pág. 669.

(11) *Ibid.*

(12) RHF 20101, pág. 19.

(13) RHF 20760, pág. 667.

(14) RHF 20771, pág. 284.

(15) RHF 20161, pág. 419.

(16) RHF 20760, pág. 418.

(17) RHF 20771, pág. 290.

(18) *Es Cristo que pasa*, n. 168.

La luz de la buena doctrina

Bebamos hasta la última gota del cáliz del dolor en la pobre vida presente (...) ¿qué importa padecer si se padece por consolar, por dar gusto a Dios nuestro Señor, con espíritu de reparación, unido a El en su Cruz, en una palabra: si se padece por Amor?... (1). Cuando el Fundador del Opus Dei escribió estas palabras —en diciembre de 1932 o quizá antes—, llevaba ya varios años de generosa dedicación a los pobres y enfermos de Madrid. En números anteriores de esta publicación, se ha descrito esa faceta de la labor a la que se entregaba el Siervo de Dios, con ansias de unirse a la Cruz del Señor, para aliviar a quienes se encontraban en las más miserables condiciones de vida. Con cristiana fraternidad, sufría hondamente, mientras tocaba con sus manos el dolor y el desamparo en sus formas más agudas, y se esforzaba por llevar a esas personas, necesitadas de todo, el tesoro de los sacramentos, su consuelo de sacerdote y el calor de la caridad convertida en servicio.

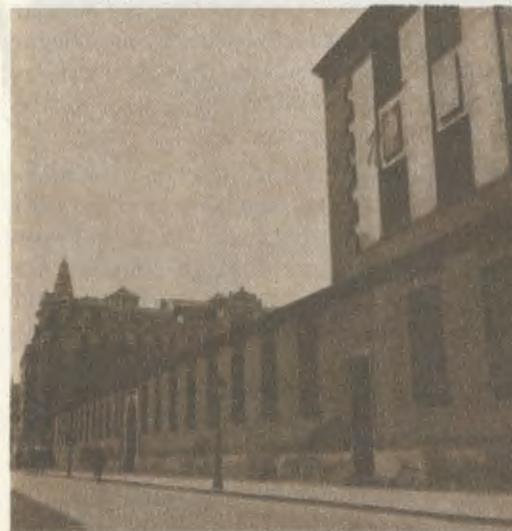
Advertía al mismo tiempo que había que sanar miserias mayores: la ignorancia religiosa, la frialdad de corazón para con Dios y para con los semejantes, el desconocimiento de la dignidad y exigencias de la vocación cristiana. **Bien pudiera decirse que el mayor enemigo de Dios —porque se ama a Dios después de conocerlo— es la ignorancia: origen de tantos males y obstáculo grande para la salvación de las almas (2).** El Siervo de Dios veía la necesidad de llevar la luz de la doctrina de Cristo a todas partes, como **un elemental compromiso de caridad para la conciencia de un católico (3).** Ya en sus primeros años de sacerdocio se dedicó a esta tarea, realizando una incansable labor.

Desde junio de 1927, cuando comenzó a trabajar como capellán del Patronato de Enfermos, iba mucho a los barrios más pobres de Madrid, para ocuparse también de la atención sacerdotal de los niños de las escuelas promovidas por las Damas Apostólicas del Sagrado Corazón. Unos cuatro mil hacían cada año la Primera Comunión; don Josemaría les daba pláticas y charlaba con cada uno. Especialmente les ayudaba a prepararse para recibir muy bien el sacramento de la Confesión.

En 1975, el Fundador del Opus Dei se refirió con gozo a su labor de aquellos años: **Yo tengo sobre mi conciencia —y con orgullo lo digo— el haber dedicado muchos, muchos millares de horas a confesar niños en las barriadas pobres de Madrid. Hubiera querido irles a confesar en todas las barriadas más tristes y desamparadas del mundo. Venían con los moquitos hasta la boca. Había que empezar limpiándoles la nariz, antes de limpiarles un poco aquellas pobres almas (4).**

En julio de 1931, después de dejar la capellanía del Patronato de Enfermos, continuó e hizo más honda su labor de sembrar la buena doctrina en todos los ambientes. Así, por ejemplo, acudía —ya en 1932— al Asilo de Porta Coeli, situado en la calle García de Paredes, en Madrid, donde confesaba y hablaba, en largos ratos de Catequesis, a los muchachos que estaban acogidos allí. Sin preocuparse de sacrificios y horas de trabajo, se dirigía adonde se manifestara alguna necesidad espiritual.

Hacia marzo de 1932 quedó suprimida la enseñanza de la Religión en todos los centros docentes estatales de España. En



Asilo de Porta Coeli. Aquí, a comienzo de los años treinta, el Siervo de Dios desarrolló parte de su inmensa labor de Catequesis.

aquella situación hubo familias que acudieron a don Josemaría, para que enseñara el Catecismo a sus hijos.

Una muchacha —hoy religiosa Sierva de María— que trabajaba en el hogar de una de esas familias, asistió a las clases que, durante los años 1932 y 1933, dio el Siervo de Dios a ocho niños en aquella casa: «Me parece recordar que don Josemaría venía dos veces por semana, los miércoles y los sábados, entre las cinco y las seis de la tarde. Las clases de Catecismo se tenían todo el año, menos los meses de julio y agosto (...). Era muy ameno y alegre, y los niños, algunos pequeños, se divertían mucho en las clases y no queríamos que se fuera. Nos pasaba volando el tiempo y nos quejábamos de que se fuera tan pronto (...). Nos sentíamos muy contentos a su lado, nos hacía comprender las explicaciones del Catecismo por medio de láminas. Los niños se iban acercando para verlas de cerca y eran sobre los Mandamientos, los Sacramentos, etc.» (5).

Por entonces, el Fundador del Opus Dei intensificó su apostolado entre los intelectuales, y comenzó unas reuniones de formación espiritual para universitarios. La primera tuvo lugar el 21 de enero de

1933, en una sala del Asilo de Porta Coeli, que pidió prestada a las religiosas que se encargaban de esa labor.

Asistieron sólo tres estudiantes de Medicina. Don Josemaría comentaría en 1975: **Me vinieron sólo tres. ¡Qué descalabro!: ¿verdad? ¡Pues no! Me puse muy optimista, muy contento, y me fui al oratorio de las monjas; expuse a Nuestro Señor en la Custodia y di la bendición a aquellos tres. Me pareció que el Señor Jesús, Nuestro Dios, bendecía a trescientos, trescientos mil, treinta millones, tres mil millones..., blancos, negros, amarillos, de todos los colores, de todas las combinaciones que el amor humano puede hacer. Y me he quedado corto, porque es una realidad a la vuelta de medio siglo. Yo me he quedado corto, porque el Señor ha sido mucho más generoso (6).**

Desde el primer día quiso el Fundador del Opus Dei que presidiera aquellas clases una estampa de la Virgen que tenía su historia. Era la portada de un Catecismo roto que había encontrado en el suelo, junto al tronco de un árbol, en el barrio de Los Pinos, durante una de sus correrías por los suburbios madrileños. En desagravio, había hecho enmarcar el pequeño grabado en un trozo de tisú.

Acudían los estudiantes a charlar personalmente con don Josemaría, en casa de su madre: su dirección espiritual les ayudaba a entrar con naturalidad en los caminos de la vida interior. Vivía entonces, desde finales de 1932, en un piso de la calle Martínez Campos. En aquellas conversaciones les descubría la grandeza y profundidad de la vocación cristiana vivida en medio de los quehaceres de cada uno. Les estimulaba a la entrega generosa a los demás, haciéndoles superar la visión estrecha de un cristianismo reducido a un simple conjunto de prácticas añadidas a la vida diaria.

Con el objeto de mejorar la formación de esos muchachos y la de sus amigos, les hizo profundizar en el estudio de la doctrina cristiana, para que pudieran también enseñarla a los demás, y organizó con ellos Catequesis para niños de los arrabales de la

capital. La primera comenzó dos semanas después de la primera reunión en Porta Coeli. Tenía lugar en el barrio de Los Pinos, precisamente donde había encontrado aquella hojita de Catecismo. Unos días antes del comienzo, a pesar de que había caído una intensa nevada, cosa no corriente en Madrid, fue don Josemaría al Colegio del Divino Redentor para concertar las clases. Una de las ocho religiosas que atendían entonces ese centro escolar, refiere: «Una mañana, que recuerdo muy bien porque había caído una nevada muy fuerte y estaba todo cubierto de blanco, vimos desde la sala de recreo de la Comunidad, que estaba en el piso alto, acercarse al colegio dos sacerdotes vestidos con sotana y manteo. Era temprano, pues todavía se veía todo blanco y limpio; después se convertía todo en un barrizal. Era don Josemaría —acompañado por otro sacerdote llamado don Lino—, que venía a pedir que le dejáramos organizar una Catequesis en el Colegio» (7).

El primer domingo que fueron a dar Catecismo llovió mucho. Esto, unido a la nieve de días anteriores, hacía poco menos que imposible el tránsito por las calles embarradas de aquel lugar.

Don Josemaría había buscado y elegido el barrio más necesitado y difícil de los que conocía. Así lo ha puesto de manifiesto una de las alumnas que entonces frecuentaba aquel centro escolar: «El Colegio del Divino Redentor era fundación reciente (1927) de las Hermanas de la Doctrina Cristiana (...). Estaba situado en la barriada de Los Pinos. Se había procurado encontrar el lugar más abandonado para atender las necesidades de formación de muchas familias que contaban con muy pocos recursos económicos. Todo aquel barrio era muy miserable, estaba compuesto en gran parte por chabolas hechas de hoja de lata, aprovechada de los envases de conservas. El Colegio estaba situado en una hondonada, de manera que, cuando llovía, todas aquellas cuestas vertían el agua hacia allí produciendo un pequeño arroyo; por eso, la gente del barrio lo conocía por el nombre popular del “Cole-

gio del Arroyo”. Con esto quiero señalar que era de difícil acceso —no podían llegar hasta allí los automóviles y la última parada del Metro estaba lejana—, y de localizar en aquel barrio» (8).

Había también que superar otras dificultades más serias que las materiales. «El ambiente de la barriada de Los Pinos —testimonia la religiosa ya citada— era muy hostil; tanto que (...) atravesar aquel barrio era para un sacerdote un acto heroico por las burlas y amenazas» (9).

Don Josemaría solía llegar los domingos a las once en punto y estaba unas dos horas. Durante la Misa, que celebraba el capellán del Colegio, explicaba algunos puntos de doctrina. Terminada la Misa, proseguía la explicación. El grupo de estudiantes que le acompañaban, casi todos de Medicina durante aquel primer año, daban después las clases que habían preparado durante la semana. Sin duda, aparte del bien que hacían a los pequeños acercándolos a la luz de la fe, los primeros beneficiados eran ellos mismos, porque, además de mejorar su conocimiento de la doctrina, crecían en generosidad y en deseos de apostolado.

El Siervo de Dios les impulsaba a invitar a sus amigos a la Catequesis. En el curso siguiente creció notablemente el número de los que acudían a colaborar en esta labor. Por esta razón, buscó el Padre —así llamaban los estudiantes a don Josemaría— nuevos lugares, de características semejantes al primero. Con fecha 12 de agosto de 1934, escribía a don Francisco Morán, Vicario General de la diócesis de Madrid:

Ruego al Sr. Vicario que nos reserve otra Catequesis; mejor, si está en sitio malo, donde resulte sacrificio acudir, porque los muchachos sabrán, gustosos, ofrecer al Señor esos inconvenientes. Desde luego, como en Los Pinos, habrá de ser solamente los domingos: no podemos perder de vista que todos estos chicos son estudiantes de los que estudian (10).

Así, bajo el impulso del Padre, se fueron



En esta foto de la época (1929), se ve al Siervo de Dios —en el dintel de la puerta, a la izquierda— un día de Primeras Comuniones, en el Patronato de Enfermos.

poniendo en marcha otras Catequesis, a lo largo de aquellos lejanos años treinta, en los que el Opus Dei daba sus primeros pasos. Entre otras, la que se llevó por indicación del Vicario, en respuesta al ruego de don Josemaría, que empezó en marzo de 1935 en la «colonia Popular».

Eran los comienzos de una fecunda labor en servicio de la Iglesia, iniciada personalmente por su Fundador, que el Opus Dei desarrolla en todos los lugares del mundo donde trabaja. La vida de Mons. Escrivá de Balaguer fue un gran despliegue de formación cristiana, una siembra incesante de doctrina, a la que se entregó sin ahorrar esfuerzos. A través de su predicación, la semilla del Amor de Dios echó raíces en multitud de corazones: **Dar doctrina es la gran misión nuestra. En esto consiste el gran apostolado del Opus Dei; mostrar a esa multitud que nos**

espera cuál es la senda que lleva derecha hacia el Señor (11).

Consecuencia de su ejemplo heroico es la variadísima gama de actividades de apostolado promovidas por sus hijas e hijos entre personas de todos los ambientes de la sociedad. Destaca siempre, en esas iniciativas apostólicas, el aspecto doctrinal, ya que el apostolado cristiano —y me refiero ahora en concreto al de un cristiano corriente, al del hombre o la mujer que vive siendo uno más entre sus iguales— es una gran catequesis, en la que, a través del trato personal, de una amistad leal y auténtica, se despierta en los demás el hambre de Dios y se les ayuda a descubrir horizontes nuevos: con naturalidad, con sencillez he dicho, con el ejemplo de una fe bien vivida, con la palabra amable pero llena de la fuerza de la verdad divina (12).

(1) Camino, n. 182.

(2) Carta, 11-III-1940.

(3) Carta, 28-III-1973.

(4) RHF 20591, pág. 452.

(5) Testimonio de Sor Benita Casado Yagüe, Sierva de María.

(6) Salvador Bernal, Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei, Madrid 1980, 6.ª ed., pág. 187.

(7) Testimonio de la Hermana San Pablo Lemos, Misionera de la Doctrina Cristiana.

(8) Testimonio de la Hermana Pilar Angela Hernando Carretero, Misionera de la Doctrina Cristiana.

(9) Testimonio de la Hermana San Pablo Lemos.

(10) Carta, 12-VIII-1934.

(11) Carta, 24-III-1930.

(12) Es Cristo que pasa, n. 149.

Con su heroica fidelidad a la Voluntad divina, con oración y mortificación incansables, y poniendo en su empeño un trabajo lleno de esperanza, Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer inspiró y dirigió, durante 47 años, el desarrollo apostólico del Opus Dei en todo el mundo.

La tarea principal de la Obra es la formación de sus miembros para que cada uno, individualmente, ejercite su labor apostólica de cristiano en el mundo y en la sociedad.

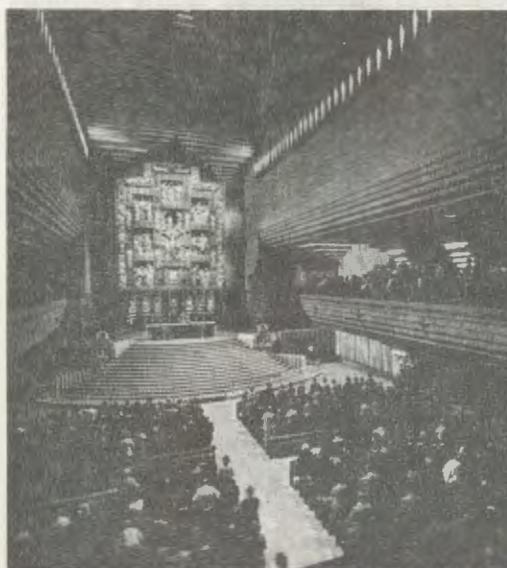
El apostolado esencial del Opus Dei —en palabras de su Fundador— es el que desarrolla individualmente cada miembro en el propio lugar de trabajo, con su familia, entre sus amigos. Una labor que no llama la atención, que no es fácil traducir en estadísticas, pero que produce frutos de santidad en millares de almas, que van siguiendo a Cristo, callada y eficazmente, en medio de la tarea profesional de todos los días (*Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer, n. 71*).

Sin embargo, tal como él mismo respondía a la pregunta de un periodista: **Además, el Opus Dei, como corporación, promueve, con el concurso de una gran cantidad de personas que no están asociadas a la Obra —y que muchas veces no son cristianas—, labores corporativas, con las que procura contribuir a resolver tantos problemas como tiene planteados el mundo actual. Son centros educativos, asistenciales, de promoción y capacitación profesional, etcétera** (*Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer, n. 84*).

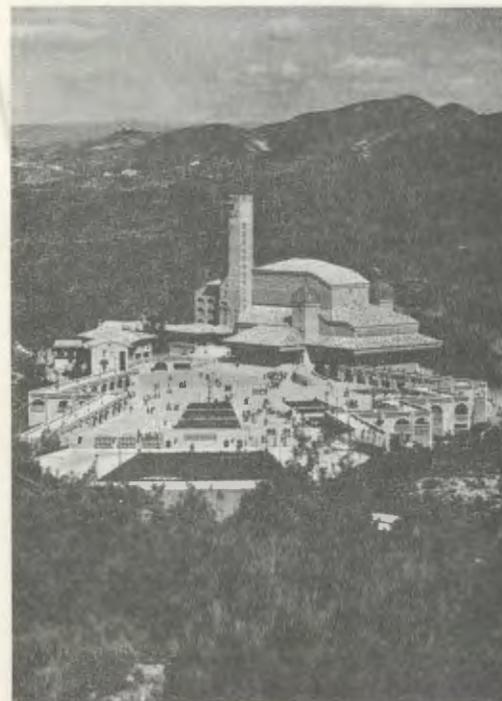
Iremos reseñando aquí, con forzada brevedad, algunas de las muchas obras apostólicas que, con diversas características, según las necesidades del lugar o del momento, han nacido bajo el impulso espiritual del Fundador del Opus Dei.

TORRECIUDAD Un Santuario a la Virgen

La ciudad de Barbastro (España) ha quedado atrás. La carretera recorre la orilla derecha del río Cinca; penetra en el Somontano y el paisaje se vuelve agreste. Más allá de la presa de El Grado se convierte el Cinca en lago cerrado por recios canchales que el agua no puede cubrir. En su orilla izquierda, sobre un peñasco, se encuentra la vieja ermita y, cerca, un torreón de señales medio derruido. Más elevado, el nuevo Santuario con los edificios en los que se realiza la labor espiritual con la que soñó el Fundador del Opus Dei. Al fondo se recorta en un limpio cielo azul la impresionante mole del Pirineo aragonés.



Interior del Santuario de Torreciudad.



El silencio invita a la contemplación. Aquí sucedió algo que es parte de la historia del Opus Dei. Fue en 1904, cuando el Siervo de Dios tenía dos años. Contrajo una grave enfermedad y fue desahuciado por los médicos. Su madre rezó intensamente a la Virgen y, días más tarde, llevaba al niño, sorprendentemente curado, en peregrinación de acción de gracias a la ermita de nuestra Señora de Torreciudad: **Me trajeron mis padres**, recordaría muchas veces el Siervo de Dios. **Mi madre me llevó en sus brazos a la Virgen. Iba sentada en la caballería, no a la inglesa, sino en silla, como entonces se hacía, y pasó miedo porque era un camino muy malo** (1).

Torreciudad ha sido, desde tiempo inmemorial, punto de encuentro de piedad mariana para las gentes del Somontano aragonés. Cuenta la tradición, recogida por los historiadores, que ya en el siglo XI se inicia esa devoción popular. Millares de personas se han postrado a los pies de la Virgen de Torreciudad durante nueve siglos.

A esta larga historia se quiso sumar Monseñor Escrivá de Balaguer y, *bajo su impulso espiritual*, se fueron poniendo los medios necesarios para levantar un Santuario en el que, de acuerdo con la aprobación de la autoridad eclesiástica competen-

te, se colocara la imagen restaurada para que fuera lugar de conversión bajo el amparo de la Santísima Virgen.

—**Me da mucha alegría la devoción que se tiene a la Virgen en Fátima y en Lourdes; me llena de gozo que se honre con tanto amor a nuestra Madre del Cielo. También contribuiremos nosotros a que aumente este amor** (2).

¿Qué pretendía obtener el Siervo de Dios de este Santuario levantado para la Virgen?

Lo escribió en una carta: **Un derroche de gracias espirituales espero, que el Señor querrá hacer a quienes acudan a su Madre Bendita ante esa pequeña imagen, tan venerada desde hace siglos. Por eso me interesa que haya muchos confesionarios para que las gentes se purifiquen en el santo sacramento de la penitencia y —renovadas las almas— confirmen o renueven su vida cristiana, aprendan a santificar y a amar el trabajo, llevando a sus hogares la paz y la alegría de Jesucristo: la paz os doy, la paz os dejo. Así recibirán con agradecimiento los hijos que el cielo les mande, usando noblemente del amor matrimonial, que les hace participar del poder creador de Dios: y Dios no fracasará en esos hogares, cuando El les honre escogiendo almas que se dediquen, con personal y libre dedicación, al servicio de los intereses divinos** (3).

Dos veces tuvo oportunidad el Siervo de Dios de acudir, peregrino, a Torreciudad, después de aquel viaje de 1904, en brazos de su madre.

La primera fue el martes 7 de abril de 1970. Estaban recién comenzadas las obras del nuevo Santuario. Aquel día, aludiendo al tiempo transcurrido desde que su madre le había llevado a Torreciudad, decía a la Virgen: **¡Perdóname, Madre mía! Desde los dos años hasta los sesenta y ocho. ¡Qué poca cosa soy! Pero te quiero mucho, con toda mi alma. Me da mucha alegría venir a besarte, y me da mucha alegría pensar en los miles de almas que te han venerado y han venido a decirte que te quieren, y en los miles de almas que vendrán** (4).

Hacia las once de la mañana se detuvo justamente un kilómetro antes de llegar a la ermita, donde ahora se levanta un cruce-



El Siervo de Dios reza el Rosario, con un grupo de hijos suyos, camino de la ermita de Torreciudad, el día 24 de mayo de 1975.

ro. Se descalzó e hizo a pie este último recorrido. La carretera no estaba asfaltada todavía y la gravilla hería sus pies. El caminar era lento, en medio de un tiempo incllemente.

Monseñor Escrivá de Balaguer iba con la mente recogida, rezando los quince misterios del Santo Rosario. De vez en cuando se detenía. Al terminar se le oyó decir: **Amo a Dios Padre, amo a Dios Hijo, amo a Dios Espíritu Santo. Amo a la Trinidad Beatísima. Creo en Dios Padre, creo en Dios Hijo, creo en Dios Espíritu Santo. Creo en la Trinidad Beatísima. Espero en Dios Padre, espero en Dios Hijo, espero en Dios Espíritu Santo. Espero en la Trinidad Beatísima. Amo a mi Madre la Virgen. Creo en mi Madre la Virgen. Espero en mi Madre la Virgen** (5).

El camino había durado casi una hora: **Después de sesenta y seis años es bien poca cosa lo que estoy haciendo por la Virgen (...). No hago nada extraordinario** (6). En la ermita entonó la *Salve* y, de rodillas, rezó el *Bendita sea tu pureza*.

La segunda visita sería el 23 de mayo de

1975. El Santuario estaba ya casi terminado y próximo a abrirse al culto. Los primeros pasos de Monseñor Escrivá de Balaguer se dirigieron a la antigua ermita y, al contemplar los nuevos edificios, comentó: **Con material humilde, de la tierra, habéis hecho material divino** (7). Y más tarde, diría: **Habéis puesto tanto amor aquí...** (8).

Un mes más tarde, el 26 de junio, el Siervo de Dios entregaba su alma al Señor. Unos días después —el 7 de julio— el Santuario de Torreciudad se abrió al culto con una Misa solemne celebrada en sufragio de su alma. Participaba una multitud. Todos sabían que comenzaba una nueva etapa en la vida de este lugar mariano.

Han pasado ya unos años. El Santuario —sobre todo la Cripta de confesonarios— sabe ya mucho de conversiones y de renovación de vidas, innumerables *milagros* espirituales que el Siervo de Dios había pedido a nuestra Señora de Torreciudad: **Serán muchos, frecuentísimos, y pasarán escondidos sin que puedan hacer estadísticas** (9).

(1) RHF 20582, pág. 120.

(2) *Ibid.*, pág. 129.

(3) *Ibid.*

(4) RHF 20159, págs. 501-502.

(5) *Ibid.*, pág. 504.

(6) *Ibid.*, pág. 505.

(7) RHF 20164, pág. 819.

(8) *Ibid.*, págs. 820-822.

(9) *Ibid.*, pág. 1307.

Nos escriben

NO HUBO EXPLICACIÓN

Desde hace once años tenía una dolencia en el ojo: una espesa membrana, formada delante de la retina en el interior del ojo y sujeta a la parte inferior de ella, traccionándola hacia abajo. Fui operado en Bogotá de un coágulo que obstruía la arteria de la retina, y que era la causa de mis dolencias; no pudo hacerse nada en relación con la membrana adherida a la retina. Era imposible extraerla debido a su posición, pues se corría el riesgo de romper la retina.

El médico me indicó que la presión de esa membrana sobre la retina era tal que, por cualquier esfuerzo que hiciera, se podría causar desprendimiento de la retina y pérdida total de la visión. Añadió que, en todo caso, cabía esperar que los adelantos de la cirugía fueran tales que un día se pudiera operar sin poner en peligro la retina.

A partir de 1971 se interrumpió toda medicación. Durante diez años iba periódicamente a que me hiciera una revisión el oftalmólogo, quien siempre me animaba a no hacer esfuerzos violentos, con la esperanza de que alguna vez se pudiera operar. Hace poco más de un año, me dijo que ya se estaban haciendo ese tipo de operaciones, pero que convenía esperar un poco más hasta que mejorase la técnica.

El 5 de octubre, un amigo me sugirió que encomendara a Mons. Escrivá la curación de mi ojo. Al día siguiente así lo hice. Serían las ocho de la mañana cuando recé la oración de la estampa, y toqué luego con ella el ojo enfermo. Estando en mi oficina a las seis de la tarde, me di cuenta de que la membrana se acababa de romper, y que veía casi perfectamente bien. Tuve la seguridad de que era un milagro obrado por intercesión de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer.

El médico no se explicó cómo se había roto la membrana; pero me indicó que no podían llegar a desaparecer los pliegues que se habían formado en la retina. Sin recetar nada, me indicó que volviera al cabo de un mes. En esa ocasión, me señaló que la retina había vuelto a su condición normal, con lo que ya no había peligro de posible desprendimiento, y habían desaparecido los pliegues.

S. C., Guayaquil (Ecuador)

DESPUÉS DE VEINTISIETE AÑOS

Tengo veintisiete años, soy ugandés y ahora vivo en Kenya. Cuando llegué aquí, en junio de 1981, me hablaron de los favores que Mons. Escrivá de Balaguer ha concedido a tantas almas en todo el mundo.

Mi tío, mi familia y yo empezamos una novena pidiendo a Mons. Escrivá que me ayudara a salir de un serio problema de ataques asmáticos diarios que tenía.

Nada más acabar la novena, en la última semana del mes de julio, hubo una gran mejoría en mi salud. Por primera vez en veintisiete años de sufrimiento, pude tomar una ducha diaria sin tener ataques asmáticos por la noche.

Muchas gracias por la intercesión de Mons. Escrivá. Mi familia y yo rezamos para que me recupere por completo.

P. M-A., Nairobi (Kenya)

ANTES DE TERMINAR LA NOVENA

Me alegra mucho informarles que mis oraciones a Mons. Josemaría no han sido vanas. Supe de él por primera vez a través de una antigua alumna de Kianda College, pero entonces no despertó mucho interés en mí.

El mes pasado, fue secuestrado mi tío. Nos dijeron que le iban a matar si no pagábamos una cierta cantidad de dinero. Estábamos profundamente preocupados, cuando recordé haber leído varios favores recibidos por la intercesión de Mons. Josemaría. Empezamos una novena. Antes de terminarla, mi tío fue liberado.

Fue un milagro. Nunca nos había ocurrido nada parecido, y nos sorprendió. Después de esto, mi familia y yo decidimos rezar a Mons. Josemaría durante toda nuestra vida, por esta gran cosa que nos ha hecho.

Muchas gracias al bueno y santo Mons. Josemaría por habernos ayudado tan maravillosamente. Sabemos que cualquier cosa que le encomendemos a su intercesión, con esperanza, la conseguiremos.

A. N., Kampala (Uganda)

CAMBIÓ SU VIDA

Hace aproximadamente seis meses me ocupé de la defensa de una muchacha joven, acusada de «tenencia de estupefacientes» (uso y consumo de drogas). A medida que iba conociendo el expediente, me extrañaba cada vez más su situación. No coincidía en nada lo que estaba escrito con lo que ella me decía. Antes de terminar la entrevista, le di la estampa de Mons. Escrivá y le dije que la rezara con mucha fe, que él se encargaría de aclarar la situación.

Dos meses después, antes de comenzar el acto de cargos, me dijo: «Doctora, sabe que después de leer varias veces la oración del sacerdote que usted me dio, sentí unas ganas muy grandes de acercarme a Dios. Le pedí a una de las religiosas del penal que me ayudara a prepararme para poder hacer la Primera Comunión; a los quince días he comulgado. Quiero cambiar de vida, deseo dedicarme a un trabajo y a sostener a mi familia».

Hace dos meses salió del penal porque la sentencia fue absolutoria por falta de pruebas en su contra.

E. B., Caracas (Venezuela)

GRACIAS A LA ESTAMPA

Mi esposo sufre desde hace tiempo una afección de columna. Esta última temporada le han dado, en diferentes ocasiones, unas palpitaciones acompañadas de asfixia, que le llevan a quedarse sin respiración, y a ponerse de color morado-negro. Las dos últimas le dieron con un intervalo de quince días. El médico desaconsejó las drogas, y no ha estado tomando ninguna.

Una noche, a eso de las 12,30, le dio el ahogo (ésta fue la última vez que ha ocurrido). En mi desesperación por lograr hacerle respirar, acudí a la casa de mi cuñada —queda muy próxima a la mía— a buscar ayuda, arrastrándolo como pude. Ella, al ver la situación en que se encontraba, dijo: no hay tiempo de médicos, lo único que se puede hacer es acudir al padre Josemaría. Sacó una estampa con la oración para la devoción privada y se la aplicó sobre el pecho, a la vez que,

con mucha fe, ambas rezábamos la oración; al terminar de rezar, expulsó el aire contenido y cesó el ahogo. Desde ese momento no se ha vuelto a repetir.

Seguimos rezando con mucha fe a Monseñor a la vez que le encomendamos los problemas que se nos van presentando.

Quiero manifestar mi agradecimiento al padre Josemaría por este favor.

C. de M., La Ceja (Colombia)

EL PROBLEMA DE LA CASA

Buscábamos una casa en las afueras de Londres, cercana a Wimbledon, donde mi esposa había conseguido un puesto de profesora en un colegio. Después de varios intentos fallidos, encomendamos este asunto con urgencia a Mons. Escrivá. Ese mismo día llamé por teléfono a varias agencias para pedir datos.

Al día siguiente recibimos información por correo sobre tres posibles casas. Al visitar la que parecía más apropiada, conocimos a la propietaria, una viuda que vivía sola. Intentaba venderla desde hacía tiempo, para regresar a su país de origen. A medida que nos mostraba las habitaciones, nos iba agradando el inmueble cada vez más; nos gustó particularmente la presencia de un crucifijo y de varias imágenes de la Virgen. Por eso quizá no nos extrañó tanto descubrir, sobre la mesilla de noche de su alcoba, una estampa para la devoción privada a Mons. Escrivá, ya bastante gastada. Mi mujer exclamó:

—¡Nosotros le hemos rezado a ese sacerdote para que nos encontrara una casa!

—Y yo, para desprenderme de ésta, respondió en seguida.

No hay que decir que en seguida llegamos a un acuerdo.

A. S., Londres (Inglaterra)

CONTRA TODO PRONÓSTICO

En el curso 1975-76, estaba estudiando en un lugar próximo a la ciudad de Córdoba. En diciembre comencé a sentir ligeras molestias en la rodilla izquierda, según me pareció, a raíz de un golpe que había recibido en un partido de fútbol. El 12 de diciembre, mientras jugaba al fútbol, me di cuenta de que apenas podía correr. Me retiré del partido y, a partir de ese momento, empecé a cojear hasta llegar al punto de no poder mover la pierna.

Durante las vacaciones de Navidad, que pasé en casa, fue aumentando el dolor. Volví a Córdoba para comenzar las clases. A los pocos días fui al médico de cabecera que, al verme la rodilla, me envió a un traumatólogo. Este me pidió unas radiografías y los resultados de unos análisis de sangre. Cuando tuvo estos datos, dijo que debería irme a casa. El 8 de febrero, en Alicante, me diagnosticaron un sarcoma en el fémur izquierdo. Sin saber yo nada, con el conocimiento de mis padres y hermanos, me llevaron a Valencia, aunque no me habían dado posibilidades de vida.

En esta ciudad me hicieron una biopsia que sirvió para confirmar el diagnóstico anterior: Hemangiopericitoma maligno. Según los médicos, el tiempo que me quedaba de vida era muy poco: si me cortaban la pierna, seis meses como máximo.

Yo todavía no sabía exactamente de qué se trataba, cuando el traumatólogo me comunicó que la única solución que había era cortar la pierna lo más rápido

posible. Sentí un gran impacto de desánimo y desesperanza, pero en quince minutos aproximadamente di permiso para la operación.

Después de la operación pensé que había pasado lo peor, pero no era así, todavía quedaba el tratamiento: 54 sesiones de quimioterapia que me dejaban, durante los días siguientes a cada una, lleno de angustias y malestares.

Al poco tiempo de empezar el tratamiento me enteré perfectamente de lo que tenía. Incluso leí bastante sobre mi caso. Me dispuse a morir, estaba muy tranquilo. Durante este tiempo sé que mucha gente rezaba por mí. Yo también rezaba bastante por vivir y me dirigía en muchos momentos a Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer.

Poco a poco fue pasando el tiempo y al pasar un año, volví a sentir ilusión por la vida. Actualmente estoy dado de alta definitivamente.

Continuamente agradezco al Señor que me haya concedido esta gracia por la intercesión de Mons. Escrivá de Balaguer, al que sigo encomendándome.

J. R., Alicante (España)

Perdí mi empleo y dos meses más tarde mi marido perdió el suyo al introducir computadoras en su empresa. Yo estaba muy desesperada y recé por esta intención a Mons. Escrivá y mi marido encontró trabajo. Envío un donativo para su labor apostólica.

G. C., Matraville (Australia)

Procuré educar cristianamente a mis hijos, y creía que lo había logrado. Pero un día me di cuenta que una de mis hijas tenía ideas erróneas: no quería que se bautizaran sus dos hijos hasta que fueran mayores y lo pidieran.

Una persona amiga me proporcionó una estampa con la oración para la devoción privada, y pedí con toda mi fe a Mons. Escrivá que intercediera por esos dos nietos. No habían pasado dos semanas desde que empecé a rezarle, cuando los dos niños fueron bautizados. Ahora todos los días rezo la oración, dándole mil gracias por el favor que Dios me ha concedido por su intercesión.

S. R., X (Puerto Rico)

Una sobrina mía, hace unos meses, sufrió una grave crisis nerviosa y mental, de tal modo que tuvo que ser internada en el hospital. La encomendamos a Mons. Escrivá de Balaguer y, a Dios gracias, pudo volver a su casa, mejorada notablemente, al punto que ya puede trabajar fuera del hogar. Seguimos rogando para que el Señor, por intercesión de su Siervo, Mons. Escrivá, le conceda la total recuperación y equilibrio emocional.

Acompañé un modesto donativo para los gastos de impresión y envío de la *Hoja informativa*, que he venido recibiendo. ¡Ojalá que pronto veamos tramitar con rapidez la causa que lleve a Mons. Escrivá a los altares!

R. B., Miami (USA)

Mi primo no se confesaba desde hacía 35 años. Hace algún tiempo, mis padres le prestaron el libro *Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*. Después de leerlo, decidió cambiar de vida. Acudió a un sacerdote, se confesó y comulgó. Atribuyo esta gracia a la intercesión de Mons. Escrivá, que remueve a las personas con el ejemplo de su vida santa.

X. X., Curitiba (Brasil)

Mi hijo estuvo sin trabajo durante tres meses. En todos los sitios donde solicitaba un puesto, recibía respuesta negativa. Así varias veces. Estaba muy desanimado, hasta que cierto día una amiga me dio la *Hoja informativa* del Siervo de Dios Josemaría, Fundador del Opus Dei. Hice el propósito de rezarle pidiendo por mi hijo. Esto no duró mucho tiempo, ya que pronto encontró un puesto casi imposible. Fue de un modo imprevisto y totalmente ocasional, por lo que estoy muy agradecida a Mons. Josemaría.

J. P., Chojnice (Polonia)

En enero enfermó gravemente mi suegra. Se trataba de cáncer incurable. A partir de febrero había que contar en cualquier momento con su muerte. Ella sabía también de qué se trataba. A pesar de todo no estaba dispuesta a confesarse, ni a recibir el Viático. Me dirigí a Mons. Escrivá, con la ayuda de la oración para la devoción privada. En abril, por motivos de organización, fue trasladada a otro hospital. Yo rezaba sin cesar a Mons. Escrivá. A finales de ese mes, decidió, de modo repentino, recibir los últimos sacramentos. Falleció pocos días después en la paz del Señor. Estoy seguro de que Mons. Escrivá le ayudó mucho.

J. B., Viena (Austria)

NOTICIAS SOBRE LA CAUSA DE CANONIZACION DE MONSEÑOR JOSEMARIA ESCRIVA DE BALAGUER

El 12 de mayo de 1981 comenzó en el Vicariato de Roma el Proceso Cognicional sobre la vida y virtudes del Siervo de Dios, y el 18 del mismo mes tuvo su primera sesión también el tribunal constituido en la Archidiócesis de Madrid, para recibir las declaraciones de una parte de los testigos. El Proceso de Madrid se clausuró el día 26 de junio de 1984.

La Postulación de la Causa de Canonización de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer ha presentado una amplia lista de testigos que trataron personalmente al Fundador del Opus Dei y que, con sus recuerdos, cubren toda la vida del Siervo de Dios, desde la infancia hasta su muerte santa.

También en Madrid se celebraron, en 1982 y 1983, dos Procesos Cognicionales sobre dos curaciones extraordinarias atribuidas a la intercesión de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer. Se trató de una enfermedad tumoral desaparecida instantáneamente en una religiosa, y de un linfoma maligno leucemizado en una mujer catalana. Los Tribunales recogieron los testimonios y documentos médicos oportunos y los han remitido, para su estudio, a la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos.

Camino

«Monseñor Escrivá de Balaguer ha escrito algo más que una obra maestra: escribió sacando inspiración de su propio corazón, y al corazón llegan directamente también los breves párrafos que forman el CAMINO..., en el que no aparece la rigidez suspicaz de un «código», sino, al contrario, la fraterna y ardiente indulgencia del Autor, la paterna solicitud con que ve, comprende, corrige, persuadiendo y no amenazando» (De *L'Osservatore Romano*, 24-III-1950). La primera edición de este libro se publicó en febrero de 1934 (Cuenca, Imprenta Moderna), con el título de *Consideraciones Espirituales*. Desde entonces, las ediciones se han ido multiplicando cada vez más rápidamente, alcanzando el número de 212 ediciones, en 37 idiomas, y 3.362.097 ejemplares.

Santo Rosario

Libro de meditaciones sobre cada uno de los 15 misterios de la vida de Cristo y de la Virgen que se contemplan al rezar el Santo Rosario.

La primera edición se publicó también en 1934. Desde entonces han aparecido 74 ediciones, en 16 idiomas, y 463.650 ejemplares.

Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer

Varios periódicos y revistas dirigieron preguntas concretas a Monseñor Escrivá de Balaguer, afrontando los temas de mayor importancia para los respectivos lectores. Monseñor Escrivá de Balaguer contestó, por escrito y exhaustivamente, a las preguntas que se le habían formulado. En este libro se recoge el texto completo de aquellas entrevistas.

La primera edición apareció en 1968. Desde entonces se han publicado 36 ediciones, en 7 idiomas, y 274.800 ejemplares.

Es Cristo que pasa

El libro recoge algunas de las muchas homilias pronunciadas por Monseñor Escrivá de Balaguer a lo largo de su vida. Constituyen una profunda y sugestiva exposición de la doctrina y la vida cristianas. En la forma se aúnan la profundidad teológica y la claridad expositiva.

La primera edición de este libro se publicó en marzo de 1973. Han aparecido ya 50 ediciones, en 8 idiomas, y 347.454 ejemplares.

Amigos de Dios

Recopilación de otras 18 homilias, en las que el autor toma las virtudes cristianas como hilo conductor de su coloquio amistoso con Dios. El libro, con el mismo estilo íntimo y directo del otro tomo de homilias, ha sido publicado en 1977 y actualmente han aparecido ya 32 ediciones, en 7 idiomas, y 255.973 ejemplares.

El volumen va precedido de un prólogo de Monseñor Álvaro del Portillo, actual Prelado del Opus Dei.

La Abadesa de las Huelgas

Estudio teológico-jurídico. Una investigación penetrante —realizada a partir de las fuentes y documentos originales— sobre el caso extraordinario de jurisdicción cuasi-episcopal por parte de la abadesa del famoso monasterio burgalés.

La primera edición se publicó en 1944. La segunda es de 1974.

Vía Crucis

Nueva obra póstuma de Monseñor Escrivá de Balaguer, fruto de su contemplación de las escenas de la Pasión del Señor. Fue preparada para ayudar a hacer oración y para crecer en espíritu de dolor por nuestros pecados y de agradecimiento a Jesucristo, que nos ha rescatado con el precio de su Sangre.

La primera edición se publicó en febrero de 1981. Se han hecho 26 ediciones, en 8 idiomas, y 214.264 ejemplares.

(Pedidos en librerías)

ORACIÓN

para la devoción privada

Oh Dios, que concediste a tu siervo Josemaría, sacerdote, gracias innumerables, escogiéndole como instrumento fidelísimo para fundar el Opus Dei, camino de santificación en el trabajo profesional y en el cumplimiento de los deberes ordinarios del cristiano: haz que yo sepa también convertir todos los momentos y circunstancias de mi vida en ocasión de amarte, y de servir con alegría y con sencillez a la Iglesia, al Romano Pontífice y a las almas, iluminando los caminos de la tierra con la luminaria de la fe y del amor; dignate glorificar a tu siervo Josemaría, y concédeme por su intercesión el favor que te pido... (pídase). Así sea.

Padrenuestro, Avemaría, Gloria.

De conformidad con los decretos del Papa Urbano VIII, declaramos que con esta *Hoja informativa* en nada se pretende prevenir el juicio de la Autoridad eclesiástica, y que la oración no tiene finalidad alguna de culto público.

Agradecemos las numerosísimas cartas que nos llegan. Son testimonio de la devoción privada con que tantas personas, en todo el mundo, rezan a Dios Nuestro Señor, poniendo por intercesor a Mons. Escrivá de Balaguer. En esta *Hoja informativa* reproducimos solamente, por exigencias de espacio, párrafos de algunas, que refieren sucesos importantes o anécdotas sencillas.

También agradecemos —ante la imposibilidad de hacerlo nominalmente— las limosnas que nos mandan para colaborar en los gastos de edición y distribución de esta *Hoja informativa*, y para ayudar al desarrollo de las obras apostólicas promovidas por el amor a las almas de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer.

Esta *Hoja informativa* se distribuye gratuitamente. Los que lo deseen, pueden ayudar con sus limosnas a la edición de esta publicación y al desarrollo de las labores de apostolado que hizo posibles el impulso espiritual del Fundador del Opus Dei, de santa memoria.

Agradecemos a nuestros lectores que nos remitan los nombres y las direcciones de las personas a las que piensan que les agrada recibir esta *Hoja informativa* o estampas con la oración para la devoción privada.